

Él soñaba en cosas más grandes, que le presentaran la ocasión de poner a prueba el valor y las convicciones de su alma, y ahora encontraba que su vida, desenvolviéndose en aquel medio tranquilo y monótono, era poco menos que baldía, siempre igual, obedeciendo al mismo programa a que ajustaban sus actos todos los curas que él conocía, engolfados en las mismas prácticas rutinarias, que lo mismo ejercía el sacerdote virtuoso y fiel, que los que ~~l~~lavaban la sotana como llevarían el uniforme de un sargento de infantería. e/

¿Y eso era todo?

No; él sentía ansias verdaderas de ser un fiel discípulo de Cristo, dispuesto a predicar, más con el ejemplo que de viva voz, la palabra divina, y esta intención firmísima de su voluntad le consolaba en los ratos de aquel desencanto que a veces fermentaba en su conciencia, de manera tímida, y que le causaba tremendos escrúpulos.

Como el Padre Juan, sentía a veces necesidad de ocupar todas las horas que su ministerio le dejaba libres, y ahora comprendía cuánta razón había asistido a aquel virtuoso anciano para haber ejercido un arte manual en que distraer los ocios de la imaginación y del cuerpo.

Cuando leía en la sala, llegaba a sus oídos el ruido del martilleo constante del zapatero, que aún trabajaba en el cuarto de la esquina y

que allí había permacecido después de la muerte del Padre Juan, por disposición de éste.

Entonces se levantaba y se iba allá, para verle trabajar. Conversaba con él mientras el zapatero clavaba, encorvado sobre la horma, con esa precisión y habilidad que da la larga práctica del oficio, en que las manos, acostumbradas a obrar, por la memoria de sus movimientos, no han menester de la dirección intelectual del operador, y se adelantan muchas veces, en la fiebre del trabajo, a la idea directora.

Rafael María le contemplaba con envidia: veía a aquel buen hombre constante y feliz en sus tareas, siempre iguales e idénticas, consagrado al trabajo desde las primeras horas del día hasta la tarde. El cuello de la camisa, dejaba al descubierto la parte superior del pecho, por donde se advertía una maraña de pelos negros, los brazos desnudos, vigorosos, ~~de~~ frente sudorosa, la melena desgredada, como aquel que no se ocupa, por ahorro de tiempo, que es dinero, en detalles tan pueriles. Apuraba su cigarrillo, en un ángulo de la boca, sin tomarlo jamás en la mano, ocupada siempre, y a veces se olvidaba de tirar la colilla, que allí permanecía embutida de tal manera, que aquel aditamento parecía ya parte integrante de su fisonomía.

Al toque del Ángelus suspendía el trabajo y tomaba el camino de su casa, situada allá en una esquina de la plaza, feliz y satisfecho con

algunas monedas en el bolsillo, que bastaban a llenar, a veces con holgura, las necesidades de su casa.

¡ Es tan buena la ley de esas monedas que el trabajo santifica! . . .

Rafael María se sintió inclinado a seguir el ejemplo del Padre Juan, y muy pocos días después empezaba a ayudar al zapatero en sus quehaceres. s/

No dejó de causar sensación en el pueblo esa resolución de Rafael María, y no acertaban a comprender cómo un *Padrecito*, tan joven y bien parecido, tenía la humildad de majar el cuero sobre sus rodillas, y de estarse medio día clavando sobre las hormas, que no abandonaba sino a la tarde o por requerimiento que se le hiciese para algún bautismo o extremaunción; pero el recuerdo del Padre Juan estaba fresco, y luego las gentes se acostumbraron a ver al Padre Rafael María haciendo zapatos.

De ahí que le designaran, familiarmente, con el nombre de *El Padre Juancito*, síntesis que resumía, en tan sencilla designación, todo el respeto, el acendrado cariño de sus feligreses hacia su joven cura.

\* \* \*

Un día, momentos antes de sentarse a la mesa, a la hora de comer, llegó un desconocido a la casa cural, caballero en una mula corpulenta,

que por las trazas había hecho una larga jornada; el lodo, ya reseco, cubríale en costrones las patas y llegaba hasta la panza. Venía ensillada modestamente, y las riendas, de cuero retorcido, eran recias lo mismo que la cincha y el pretal que sujetaba la silla. Preguntó por el señor cura.

*al* —Yo soy — contestó Rafael María, mirando ~~el~~ desconocido, en el cual adivinó un forastero.

Era éste un hombre alto, delgado, bastante moreno y de oscuro y recio bigote. Venía descalzo, pero prevenido de esas polainas de cuero curtido que completaban la indumentaria típica de los mozos avezados a las fatigas de la ganadería, que lo mismo capean un toro montaraz, que lo jinetean en pelo, sin otro sostén que las piernas y las espuelas de agudas rosetas que repiquetean, al tocar en el suelo, con retintín alegremente marcial.

Vestía una camisa de manta burda, pantalón de dril azul, y cubría la cabeza con un sombrero de palma de manufactura criolla. Al cinto, colgando de una correa de cuero, la inseparable cutacha.

—Vengo — dijo el forastero descubriéndose respetuosamente — a ver si me hace el favor de venir a administrar los sacramentos a una señora...

-- Sí, hijo, entra, iba a comer en estos momentos, pero lo haré después.

— Mejor es que coma — repuso el forastero—,

porque es larguillo el viaje. . . Cuatro horas si nos va bien. Si quiere, puede dormir allá un poquito y venirse con las *claras* del día.

—Ya veremos — dijo Rafael María — Bien, entra y tomaremos algo.

El desconocido se despojó de las polainas y espuelas en el umbral de la puerta, y siguió a Rafael María, quien se hizo servir en el comedor unos huevos pasados por agua y una taza de café, dando a su convidado una ración igual, que consumió después de hacerse rogar repetidas veces.

Irían lejos, a un pequeño caserío llamado *Los Cedros*, allá, cerca de la montaña, mejor dicho en un gran desmonte practicado en la montaña misma, de donde se extraían cedros, caobas y otras maderas preciosas que abundaban en ese litoral.

Habían venido por tierra desde Nicaragua; la señora, muy enferma hubo de quedarse allá, en un estado de suma gravedad; se moría sin remedio; tal vez llegarían tarde. El forastero seguía refiriendo.

—Mi patrón me ordenó acompañar a la señora, que tenía mucha urgencia de venir. . . No valieron reflexiones; hemos hecho un viaje penoso, y con mil trabajos logramos llegar a Los Cedros.

—Ha sido una temeridad efectivamente—interrumpió Rafael María—. Debe tener sumo interés

en hacer este viaje en tales condiciones. ¿Es nicaragüense?

—Sí, señor, creo que de León... Allí los conocí... Apenas hace dos años que sirvo en la casa.

Rafael María, ya provisto de todo lo necesario, y después de haber dado algunas órdenes, salió para montar.

—¿Pero no veo más que una mula?—preguntó, extrañado.

—Sí, señor, para usted, yo voy a pie.

—¿Cómo a pie? ¿Pues no dices que es largo? Sería demasiado...

—Deje que cojamos el camino y ya verá cómo usted no me alcanza, y eso que la mula no es arriada.

Diciendo esto, el desconocido se arremangó los pantalones arriba de la rodilla, se terció la cajita de los santos óleos, y dando una palmadita en las ancas de la mula exclamó:— Arre, *Tigrilla!*

La mula echó a andar con un trote lleno de voluntad, y muy pronto el forastero emparejó con Rafael María, y ambos siguieron departiendo amigablemente, hasta perderse en una revuelta del camino.

Eran las cuatro y media de la tarde, de suerte que no llegarían al fin de la jornada hasta las ocho y media de la noche, y en caso de regresar, no podría ser hasta la una de la madrugada.

da, descontando los contratiempos que pudieran presentarse.

Rafael María se consideraba *bien montado*. La mula marchaba bien, con esa firmeza peculiar de su casta. La silla era suave y bien acondicionada, y las polainas, que el desconocido le había calzado, le protegían de los lodazales que cubrían a grandes trechos el camino.

Dos horas después la oscuridad era casi completa; habían dejado la carretera y seguido un callejón que bajaba en fuerte pendiente, lóbrego y sombrío.

El forastero marchaba adelante, con el lodo a la rodilla, con gran agilidad, y a veces orillaba ciertos pasajes, y decía en voz alta a Rafael María:

—No tenga miedo, señor, deje a la Tigrilla, que ella sabe bien su oficio.

A veces, la mula bajaba la cabeza, olfateaba el sendero, y resoplaba después satisfecha, sin duda, de su examen. Rafael María, sumido en sus meditaciones, no dejaba de admirar el tino y la habilidad de su cabalgadura, y venían a su mente todos los cuentos y anécdotas que a diario se repiten entre picadores, chalanes y aficionados a estos ajetreos, acerca de esas raras facultades que posee esta clase de cabalgadura.

Entre esas versiones, recordaba haberle oído cierta vez a su padrino, gran conocedor en asuntos de caballería, el relato de un caso intere-

sante, en que había sido él actor principal; y fué que, en uno de sus muchos viajes a la finca, se desencadenó un fuerte temporal que le tuvo alejado dos o tres días, pasados los cuales, y ya entrada la noche, resolvió emprender viaje, llegando sin novedad. Grande fué la sorpresa que allá hubieron de recibir al verle llegar tan campante.

—¿Por dónde pasó el río, que está tan crecido?—le preguntaron admirados.

—Vaya una pregunta!; pues por el puente—había respondido.

—Si no hay puente, lo arrastró el río desde anteayer; hoy se pudo colocar una viga...

—¡No es posible!

Al día siguiente fué a convencerse. Efectivamente, la mula había pasado ágil y tranquila, en medio de profunda oscuridad, sobre una viga que escasamente tendría dos pies de ancho, y el jinete ni siquiera se había percatado de ello (1).

La noche había cerrado ya, y el sendero abierto en medio de la montaña parecía más lóbrego a medida que se internaban; la vista, ya acostumbrada a aquella oscuridad, apenas podía distinguir los objetos confusos y borrosos a corta distancia, y Rafael María se hacía cargo, con su natural hiperestesia, de aquella lúgubre solemnidad de la montaña que hablaba a su alma ese lenguaje formidable del silencio que

(1) El caso se cita como verídico en Costa Rica.

se siente como una grandeza aplastante, que hace que el alma se recoja confundida en un sentimiento de pequeñez, que no es otra cosa que el culto, la adoración que se expande sincera y espontánea hacia lo santamente maravilloso.

Pocas veces había gustado de un espectáculo tan sorprendente y majestuoso.

La montaña durante el día, bañada de sol, arrullada por el viento y por el canto de las aves, esmaltada de orquídeas y de flores caprichosas, con sus enormes árboles centenarios, de los que cuelgan gigantescos vejucos, como jarcias de navíos colosales, es monumental, grandiosa.

La mente, como un rayo de luz, quisiera penetrar el intrincado laberinto, beber aquel misterio, sentir la palpitación de aquella vida pujante que surge en el silencio, con aquella labor incansable y fecunda de la naturaleza, como surgen las ideas en el cerebro que medita... Mas, vista por la noche, bajo la densa oscuridad del cielo, en aquella calma sepulcral en que duerme, es pavorosa, siniestra, como un enorme y viejo cementerio abandonado a la implacable irrupción de la maleza.

Rafael María experimentaba sentimientos encontrados, y en sus largos ratos de meditación, entre el pavor y la admiración, venían a su mente los tercetos del Dante :

«A mitad de andar de nuestra vida,  
extraviado me ví por selva oscura,  
que la vía directa era perdida.

Ay!, cuánto referir es cosa dura  
de está selva lo espeso, agreste y fuerte  
de que aún conserva el pecho la pavura»<sup>(1)</sup>

Miraba con ojos escudriñadores los altos árboles, que parecían dormir en aquel silencio, como enormes fantasmas erguidos y soberbios, que afectaban siluetas caprichosas en la confusa aglomeración del follaje, y se entretenía mirando el brillo de los cocuyos que rayaban la oscuridad a pequeños intervalos, con el diamante encendido de su abdomen, como si los silfos de la montaña se entretuviesen en arrojar a puñados aquella pedrería alada y caprichosa. Luego se extasiaba oyendo allá, en lo más denso del bosque, la nota sonora, cristalina, llena de una dulce melancolía que lanzaba a largos intervalos un pájaro, cuyo nombre vulgar recordaba ser *herrero*, sin duda porque el sonido ofrecía gran similitud con el que hace un martillo al caer sobre un yunque. Pero qué tenía aquella nota corta, rápida, que al extinguirse dejaba oír como un dejo de tristeza, o como un reclamo amoroso que halagaba su alma tan dulcemente?

Y Rafael María pensaba, lleno de agradecimiento hacia el Creador, que todas esas belle-

(1) Traducción del Conde de Cheste.

zas físicas, el cielo, el mar, la montaña, el río, el valle, la flor, el insecto, están al alcance del hombre, y que éste, quien quiera que sea, puede disfrutarlas todos los días con la más honda fruición de su alma, si no es un ser vulgar de esos que viven sin objeto ni designio alguno, y pasan por el mundo como las cañas por el río — según la frase de Séneca — que no van: son arrastradas; de esos que ignoran que entre la armonía de los astros en sus maravillosas órbitas, y el aleteo del insecto entre la hojarasca, existe el más perfecto acorde en la universalidad de la vida.

Largos ratos transcurrían sin que el silencio fuese interrumpido por otro ruido que el chapotear de los cascós de la mula en el fango, y por alguna frase cambiada entre el jinete y su acompañante, que a veces se adelantaba por el sendero, sin que Rafael María pudiese distinguirle entre la oscuridad.

De sus meditaciones vino a sacarle la voz de su acompañante que decía:

—Ya vamos a llegar, allí es.

Rafael María pudo distinguir a su frente un gran desmonte, al fondo del cual brillaban, en varias direcciones, las pequeñas luces de algunas viviendas. Ladró un perro, y después varios, y, al escaso claro sideral que reinaba hacía breves momentos, se divisaron en los bohíos más cercanos algunas siluetas que portaban linternas.

11/

Rafael María cruzó el desmunte, precedido de su espolique, quien tomó hacia la derecha, en dirección de un bohío aislado, a la vera del cual había una carreta cargada de trozos de madera. Echó pie a tierra y se encaminó con el forastero a cumplir los altos deberes de su ministerio.

Una mujer vieja, desgreñada y sucia, que caritativamente había quedado al cuidado de la enferma, salió al encuentro de los recién llegados, haciendo aspavientos.

—La señora está muy mal... había querido *boquear*, pero con sorbos de aguardiente alcanforado logró volverla.

Adentro, en un rincón, y sobre un lecho pobre y revuelto, veíase una mujer que, a pesar de las canas que orlaban su frente y ~~en las~~ sienes, conservaba todavía en las facciones esa belleza que parece resistir por mucho tiempo el embate de los años. Estaba macilenta, cada-  
vérica, los ojos cerrados, y de su pecho exhalaba un ronquido fatigoso, como si algo rodara allí dentro, vertiginosamente al impulso de la respiración.

Una división de hojas de palma separaba la estancia de la cocina, desde donde el fuego del hogar, en que hervía un caldero, enviaba sus reflejos; era la única luz que alumbraba a medias aquella mísera habitación.

Rafael María se descubrió, y acercándose al lecho de la moribunda, le dijo:

—Ánimo, hija mía, que la bondad divina viene en auxilio de usted.

La enferma entornó los ojos y alargó una mano larga y huesosa :

—¡ Gracias a Dios !— murmuró con voz apenas inteligible, tratando en vano de incorporarse.

Viendo tal dificultad, Rafael María, en tono cariñoso, repuso :

—No se moleste usted, que así puedo oirla.

Sentóse lo mejor que pudo al borde del lecho, y apoyando el codo al lado de la almohada oyó la confesión de la pecadora.

El rostro de Rafael María se ensombrecía a veces con aquel relato, y adquiría una expresión severa que pronto desaparecía para dar lugar a otra de piadosa tolerancia. ¡ Confesión cruel y despiadada !

—Ah, sí, he sido mala, muy mala . . . He querido venir a morir aquí . . . en San Roque . . . tuve un amante que halagó mis sentidos . . . Mi marido lo mató y fué a presidio por mi culpa . . . ; allí murió, según supe . . . Huí con otro hombre después . . . abandonando . . . a mi hijo . . . Ah, mi pobre hijo . . . se llamaba Rafael María ; vive ?

Rafael María, fuera de sí, de un salto se puso de pie ; desencajado, con ojos extraviados, quedóse mirando a la penitente y exclamó en tono indescriptible, estrechando a la moribunda entre sus brazos :

—Mi madre! Madre de mi alma! . . . ¿Es posible? . . . Yo soy Rafael María, mírame, sí, Rafael María, tu hijo, que te adora, que nunca te ha olvidado, que te perdona! . . .

Sentado en el borde de la cama seguía estrechando amorosamente el cuerpo enflaquecido de la desventurada, exclamando siempre: —Sí, tu hijo, tu hijo!

—Tú, tú! . . . Dios mío, perdón! . . . —balbuceó ella, con voz apenas perceptible, ocultando el rostro en el pecho de Rafael María, llena de dolor y de vergüenza.

Rafael María sintió que aquel cuerpo se estremecía en un paroxismo, y que después de sollozar angustiosamente habíase quedado inmóvil.

Rafael María, lloró gran parte de la noche sobre el cadáver de su madre, pensando en los ocultos designios de la Providencia, que la devolvía a sus brazos, y en qué condiciones! para recoger apenas el último suspiro, con la confesión de todas las culpas de aquel sér que había constituido el culto más hondo y acendrado de su alma después de Dios.

Aquella confesión resonaba aún en sus oídos; aquellas frases dolientes, dichas entre las congojas y los estertores de la agonía, desgarraban su corazón cruel y dolorosamente. . . . Pero era su madre! y una madre es siempre pura. Dios mío, ampárala y sé clemente para con ella! . . .  
 ¡Era tan buena!

Qué horrible noche, qué desolación y qué desamparo! Cómo llegaban ahora a su memoria los recuerdos de su infancia, girando siempre en confuso montón al rededor de su madre...: **La** fuga de ella, después del sangriento suceso de su padre. . . la cárcel, el presidio, la deshonra, luego la orfandad, aquella orfandad triste y desesperante que tuvo al fin la sombra florecida, el arrimo del Padre Juan y el cariño de Engracia, su única amiga, su gran afecto, lo único que había puesto una gota de miel en el acíbar de su vida...! Y ahora se encontraba allí, solo, al lado del cadáver de su madre, muerta en aquella choza rodeada de miseria y de abandono!. . . Ah, qué horrible noche de desolación y desamparo!

! La aurora! Por fin amaneció; a los primeros destellos Rafael María, que permanecía arrodillado al lado del cadáver, se levantó; estaba solo. La vieja que había quedado al cuidado de la moribunda entretanto había sido llamado de San Roque, desapareció de la choza minutos después de haber entrado en ella Rafael María, y el forastero que le había acompañado estaba allá, en un cobertizo, almohazando la mula y dándole un pienso.

Le llamó en seguida; no quería dejar el cadáver de su madre en aquel abandono desesperante entretanto daba las providencias del caso para conducirlo a San Roque.

El forastero, que no tenía, al parecer, otro asun-

to en que ocuparse, estuvo solícito en ayudar a Rafael María; quedóse, pues, haciendo compañía al cadáver, y Rafael María salió a buscar algún socorro en aquellas cuatro chozas donde se carecía hasta de lo más necesario.

No le fué posible hallar un carro en que transportar el cuerpo de su madre. Todos los disponibles habían salido en la madrugada a cargar madera, allá lejos, y en aquellas viviendas no quedaban más que unas pocas mujeres aderezando los alimentos para los suyos, y algunos chicos todavía inútiles para la faena.

Sangrando de dolor su corazón, tuvo que resignarse a sepultar el cadáver de su madre, en una mala caja que pudo formar con cuatro tablas, con la ayuda del forastero, quien cavó la fosa en un claro de la montaña. Una tosca cruz de madera quedó clavada sobre el montículo de tierra removida, que Rafael María regó con sus lágrimas.

Una vez cumplida la cristiana ceremonia, el forastero, un tanto conmovido, se ofreció a acompañar a Rafael María a San Roque.

—Sí, en seguida—contestó aquél—¿Qué otras instrucciones recibió usted de su patrón?—preguntó luego.

—Ninguna otra que traer a la señora, y dejarla allá en su pueblo; debo regresar a León por el mismo camino que traje, lo más pronto, y recoger de paso la otra mula, la que ella traía, y que tuve que dejar a tres leguas de

aquí... Cuando se agravó la señora... hubo que traerla en una camilla.

Rafael María parecía no oír la charla del forastero... Pensaba en la manera cómo aquel *patrón* se deshacía de la pobre enferma como de un ser inútil que estorba, para que fuese a dejar sus huesos allá, en el camino, así como se abandona la bestia herida que ya no puede servirnos.

Veía detrás de todo esto, no sabía qué drama de dolor y de miseria que le contristaba. Intentó preguntar por el nombre de ese *patrón*, y señas de su domicilio, pero desistió luego. ¡Que Dios le perdone como yo también lo perdono!

Cuando llegaron a San Roque, algunos vecinos, alarmados por la ausencia del cura, estaban organizando una cabalgata con el fin de ir en su busca. Pronto supieron la verdad de lo ocurrido, y la casa cural se vió visitada, durante algunos días, por casi todo el pueblo que iba a presentar a Rafael María el testimonio de su pesar.

Tanasia y Engracia estuvieron inconsolables; el relato de lo sucedido las conmovió muy hondamente, y un sentimiento de piadosa conmiseración hacia Rafael María les embargaba el alma. El cariño que por él sentían, aunque de diferente manera, aumentó algunos quilates, y Engracia, sobre todo, se sentía llena de una profunda ternura hacia el noble amigo de su infancia.

## XXIV

Un mes después Rafael María efectuó un segundo viaje a Los Cedros, acompañado de su padrino, para visitar la tumba de su madre y arreglarla convenientemente.

Hizo limpiar aquel campo sagrado, donde crecía la yerba, y no le fué difícil encontrar un mozo que circundara con un barandal de madera labrada aquel recinto donde descansaban los restos queridos, que se proponía trasladar al cementerio de San Roque, cuando fuera del caso.

A su regreso parecía más tranquilo, y su vida volvió a ser como antes, de estudio, de meditación y de trabajo.

Había notado en Engracia, cuya presencia evitaba siempre que le era dado, mayor dulzura; veía con sobresalto en ella un creciente deseo de agradarle, de estar a su lado el mayor tiempo posible, con cualquier pretexto, pero sin incurrir en inconveniencia alguna que la hiciese aparecer desenvuelta o ligera. Tímida e ingenua sabía también contener los impulsos de su alma en la escabrosa situación en que se encontraba con respecto a Rafael María, y en sus noches de

vigilia muchas veces llegó a pensar si no sería preferible abandonar aquella casa que consideraba como suya, y huir lejos, muy lejos del hombre a quien amaba con toda la fuerza de su alma. Aquel amor había nacido en su corazón espontáneamente, como nace un rosal en el oculto rincón de un bosque, y había crecido y se había robustecido bajo el rocío bienhechor de la esperanza, no por el deseo de su propia voluntad, sino por una ley superior, la misma que rige el vuelo portentoso de los astros, la titánica respiración del océano, y la corriente de simpatía que va de un alma a otra, provocando un incendio de pasión al través del rayo luminoso de una pupila en que tiembla todo un universo de anhelos y de excelsas idealidades. Y en esa armonía universal existe la misma trascendencia que entre el astro que nace en la nebulosa y el anhelo amoroso que nace en un corazón.

Es verdad que Engracia, desde la ordenación de Rafael María, había sentido caer sobre su corazón la losa sepulcral que la condenaba a vivir en la tumba de la desesperanza y del olvido; comprendió que debía dar el último adiós a la vida, sepultar aquel amor que con ella había crecido, y al través del cual habíase acostumbrado a mirar la vida como una perenne sucesión de encantos y de alegrías. Pensaba tristemente en ese dogmatismo cruel e inmoral que imponía el celibato a los sacerdotes católicos,

obligándoles a arrastrar una vida de espantosos y estériles sacrificios, o arrojarse desvergonzadamente en brazos de la hipocresía y la promiscuidad más escandalosa. Ya conocía ella los casos del Padre Félix Nicuesa y del Padre Martín; y aun cuando carecía de la erudición necesaria para profundizar el gran problema en que a veces meditaba, había leído en los libros místicos que Rafael María le ofrecía constantemente, en su afán de cultivarla, y que ella leía de buena gana, la historia de muchos santos que habían sido casados; también había hecho el descubrimiento de que San Pedro y casi todo los apóstoles habían tenido sus mujeres, lo que no fué obtáculo para que predicaran el Evangelio y alcanzaran la gracia de Dios. Y un fenómeno muy natural se operaba en el alma de Engracia con la lectura de aquellos libros que Rafael María tenía el cuidado de seleccionar. El misticismo, lejos de adormecer su corazón, de ser un lenitivo a sus pesadumbres, exaltaba aún más sus facultades anímicas, porque es una forma del amor mismo, y el amor en sus soberbias rebeldías no admite mistificaciones. Y por esa intuición que en algunas almas y en ciertos estados es un sentido de gran penetración, se sentía amada, fuertemente amada por aquel que se había criado a su lado, viviendo un idilio de algunos años, los suficientes para imprimir al alma una dirección definitiva. Y pensaba, con dolor, en aquel

raudal amoroso que brotaba de su alma, para perderse entre los abrojos del desencanto y del sufrimiento.

Ah, sus ojos! qué claro se lo decían en los pocos instantes que solían conversar de sobremesa, y en alguna otra ocasión, de cosas fútiles y vacías, mientras sus pensamientos se juntaban en el cielo de sus almas para decirse, amargamente, *nunca jamás!* Y vivían los dos bajo el mismo techo, y se encontraban a cada momento bajo la desolación de sus almas.

Después de la muerte de la madre de Rafael María, acaecida en circunstancias tan extraordinarias, Engracia sentía hacia su amigo, a quien juzgaba un ser predestinado a una vida de sufrimientos y de martirios, un amor que sublimaba la piedad, la conmiseración y la dulzura; pretendía, sin duda, llenar con su cariño el vacío que dejara en el alma de Rafael María el afecto que éste sintió siempre por su madre, aun cuando era muy niño cuando la tragedia implacable y cruel como un ciclón que se desata de improviso, había despedazado con sus ráfagas infernales aquel hogar antes apacible y feliz.

Por su parte, Rafael María sentía también una recrudescencia de su pasión. Veía a Engracia a cada momento ocupada en sus menesteres, dulce, al parecer satisfecha y feliz, multiplicándose acuciosa para atender a los quehaceres de la casa, y aun le sobraba tiempo para leer o para

bordar alguna ropa al caer de la tarde, bajo la enredadera del jardín, donde él mismo había construido, bajo un pequeño quiosco de cañas, una mesa y algunos bancos rústicos.

En ciertos días de verano, cuando el calor era insoportable, Rafael María comía en ese quiosco, y cada vez que ello ocurría felicitábase de aquella idea feliz, porque era una gloria la sensación de frescura que se experimentaba bajo el follaje esmaltado de campánulas azules.

Él la veía constantemente, y sus ojos, por un acto inconsciente, se iban tras ella, envolviéndola en una onda acariciadora, que era para él un éxtasis pasajero del que volvía lleno de escrúpulos y remordimientos. A veces pensaba, con la sagrada escritura: « Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácale, y échale de ti, etc. » (1)

Ya no dormía, como antes, las pequeñas siestas, y un rato después de almorzar se iba a la zapatería y buscaba en el trabajo reparador el olvido de las penas que le corroían el alma. Allí iba a buscarle Engracia con sendos vasos de refrescos, para él y para el maestro zapatero, y, a la hora de comer, ella le servía los alimentos y el café en el quiosco del jardín, donde a veces solían conversar como buenos amigos, y aun hacer reminiscencias de antaño, ella respetuosa pero ingenua, él reservado orillando mañosa-

(1) San Mateo. Cap. V. v. 29.

mente ciertos pasajes que Engracia evocaba feliz, con aquella gracia y locuacidad de que había dado pruebas desde pequeña.

Un día de esos, después de haberle servido el café, Engracia tomó asiento en un banco frente a Rafael María, en espera de los trastos que debía llevarse a la cocina. Parecía animada de cierta vivacidad frecuente en ella. Rafael María la miró y empezó a tomar el café afectando un gran disimulo. Ella, tranquila, franca, jovial, le miraba resueltamente a la cara, de pronto le dijo:

—Sabe; me había olvidado contarle una cosa que le va a hacer mucha gracia.

Rafael María tragó, y mirándola de lleno, preguntó:

—¿Qué cosa?

—Recuerda de aquel muchacho, grueso, a quien le dió usted un golpe con el cuchillo, una vez que veníamos del platanal, y que arrojó mucha sangre?

—Sí, ya recuerdo... ¡Pobre muchacho! Si vieras que aún siento remordimientos de ese arrebato!...—Y luego agregó, para no dar importancia al asunto:—Cosas de chiquillos... En esa edad se cometen tántas tonterías...

—Muchas veces me he reído, del miedo de usted esa tarde... ¿Recuerda que fué en vísperas de la fiesta de San Roque, y que usted no quería salir de donde estaba escondido, hasta que fuí

a llamarle porque habían llegado el Padre Félix y el Padre Martín?

—Sí, recuerdo bien... — contestó Rafael María—sonriente y ruborizándose.

—Parece que fuera ayer... — apuntó Engracia.

—¡Sí; cómo pasa el tiempo...! Y bien, qué le ha ocurrido al muchacho ése?

—Que se casó hace tiempo, y ya es padre de familia... El Padre Juan lo casó sin cobrarle nada, y le regaló un par de zapatos a la novia. ¡Estaba más contenta! Tienen dos chiquitos que parecen dos ángeles, rubios, coloraditos. El vende leche y tiene también un trapiche. Es más *platero!* (1), y ya tiene un capitalito. Vive lejos, allá por las minas.

Rafael María se alegró mucho de aquellas noticias, y apurando el contenido de la taza se levantó.

Engracia, todavía risueña, recogió los trastos y llevólos a la cocina.

Rafael María entró en su cuarto y púsose a pasear por la habitación, yendo y viniendo, sumido en grave meditación. Empezaba a anochecer cuando tomó el sombrero y salió a la calle. La luna llena brillaba en el cielo en todo su esplendor, y sintió necesidad de dar un corto paseo. Tenía la cabeza pesada, se sentía moles-

---

(1) Hombre de mucha disposición para los negocios, amigo de hacer dinero con todo.

to, quería estar a solas, al aire libre, para meditar un plan que había concebido después de la conversación habida con Engracia de sobremesa.

Cuando regresó, estaba más tranquilo. Había tomado una determinación y estaba resuelto a ponerla en práctica.

Sacó una mecedora bajo los mangos que sombreaban el frente de la casa, y allí se estuvo arrellanado hasta muy tarde, mirando correr las nubes por el firmamento.

Esa noche, al acostarse, después de haber cumplido con las obligaciones de su conciencia, exclamó, con firmeza: «Sí, mañana, yo haré polvo la esfinge del sendero».

\* \* \*

Al siguiente día, después que regresó de la Iglesia, se dedicó, como de costumbre, a las labores del jardín, hasta la hora del almuerzo. Cuando Engracia le servía los platos, notó que Rafael María evitaba mirarla, y que apenas si contestaba con monosílabos las pocas preguntas que ella le dirigía. Acostumbrada a esos cambios de carácter, y conociendo perfectamente el motivo de ellos, aquella preocupación no la intrigó dolorosamente. Ella sabía que, a pesar de todo, él era el mismo, y aunque resuelta a llevar aquella vida que tenía para ella situaciones insostenibles, dejaba correr los días sin otra pre-

ocupación que la de servirle y amarle como se ama y se sirve a un hermano, y era feliz, según el aforismo de La Bruyère, porque «estar con los que se ama basta para la felicidad».

Tiene la mujer, como sér psicológico tal dominio, tal poder volitivo en los asuntos pasionales, que puede arrastrar toda una vida de sufrimiento y de dolor, sin doblegar su corazón, sin humillarlo ante nada ni ante nadie, porque conserva siempre la conciencia clara y precisa de sus afectos y de su valer. Es el gran secreto de su fuerza.

Mientras el amante, causa del rompimiento, vive muriendo de añoranza y de despecho, ella va tranquila, casi risueña, baila, ríe, departe con amigos, y se muestra indiferente, altiva, desdñosa, si la casualidad le coloca frente a frente del hombre que lo fué todo para ella, y que luego se pregunta asombrado: ¿Es esta la misma mujer?

Y es que el hombre, hecho para luchar y vencer, pierde su centro, se desorienta, sufre un verdadero trastorno en todas sus facultades, y su orgullo se subleva ante aquella cautiva que se yergue de improviso, y se liberta por la propia fuerza de su corazón, de aquel mismo corazón que rebosa de amor hacia el sér del cual huye. De aquí el problema que no tiene, generalmente, más que estas dos soluciones:

Asaltar la fortaleza en que ella se encastilla,

a viva fuerza, lo que origina con frecuencia el crimen pasional en ciertos temperamentos, o entrar a ella de rodillas, suplicante, lo que ~~implica~~ *implica* la claudicación. La cuestión es rendir la plaza por cualquier medio y reconquistar el dominio que creíamos perdido. Por supuesto, que hay factores en estos problemas, que pueden imprimir un desenlace diferente, pero son raros los hombres de cultura fuertemente filosófica, que se resignen buenamente a aceptar el olvido y el abandono de aquella que adoraron locamente, y de la cual tienen la certeza de que fueron también locamente correspondidos.

En esta materia, la mujer posee, por una gracia especial, la vocación del martirio.

Rafael María pasó todo el día trabajando en el taller, y el zapatero pudo darse cuenta de las distracciones que con frecuencia sufría. Trabajaba maquinalmente, mientras meditaba, conteniendo los suspiros que subían de lo más hondo del pecho, como bocanadas del sufrimiento que le devoraba. Sentía pasar las horas lentas, que le acercaban minuto a minuto a lo que él juzgaba la solución del problema más grave que preocupaba su vida, aún cuando entreveía, con la intensa visión de su alma acongojada, un futuro de sufrimientos y de martirio.

¿Qué le importaba?; lo primero era alejarla de su lado, crear la ausencia, el heroico remedio de Ovidio, como una barrera que le separaría

definitivamente de aquella esfinge luminosa, en cuya luz no quería él quemar sus alas, aquellas alas que le servirían para escalar el infinito.

A las dos y media, el chico que servía en la casa entró al taller con los dos vasos de refresco para los trabajadores. Rafael María no se atrevió a levantar la cabeza, creyendo que, como de costumbre, era Engracia quien servía; mas, al notar aquel caso, que para cualquier otro mortal pasaría inadvertido, Rafael María sintió un malestar inexplicable, algo así como una dulce ilusión que se disipa, un algo de olvido, de abandono, que le hería con crueldad inusitada. . .

¿ Por qué no había *ella* llevado, como otras veces, los refrescos? Y aquella minucia, aquella futilidad le intrigaba, le mortificaba.

Cuando fué llamado para comer, un poco más tarde que de costumbre, se sobresaltó. ¿ Cómo, ya las cuatro y media? Esperó un rato más; luego se levantó, fué a su cuarto, se lavó, cambió de ropa, y se dirigió al emparrado, donde encontró la sopera puesta, el agua, el pan, todo lo necesario.

Unos momentos después, compareció Engracia con otros platos. Él la miró, temeroso, a la cara, como quien se resuelve a mirar el sol un momento, sabiendo que va a recibir el saetazo de luz que le deslumbrará, para dejarle luego mirando por doquiera la sombra tembladora entre círculos rojos.

Cuando Engracia volvió, mucho tiempo después, a recoger los utensilios, quedó grandemente sorprendida. Los alimentos apenas si habían sido tocados, y Rafael María, con la frente apoyada en la palma de la mano, permanecía en una actitud de dolorosa meditación.

—¿No ha comido?—preguntó con su voz armoniosa y franca de siempre.

Él volvió en sí un tanto avergonzado al verse sorprendido en aquella guisa, y dijo algo, cualquier cosa, como quien despierta de un sueño con las facultades embotadas.

—¿Está aburrido de la comida, se siente mal?— insistió ella en tono afectuoso.

Ciertamente, no tenía gana, no estaba bien; pensaba en ayunar el día siguiente... El estómago necesita descanso...

Ella, apenada, empezó a recoger los platos para marcharse, y entonces él, en un momento de resolución suprema, le dijo, con voz que temblaba de emoción:

—Siéntate, quiero hablarte.

Ella obedeció, llena de extrañeza por aquella frase, y, más que todo, por el tono de sequedad, casi de severidad, con que fué dicha.

Se había sentado al frente de Rafael María, tranquila, y le miraba fijamente a los ojos, como quien enseña su alma ante una mirada inquisidora que se desafía, orgullosa de mostrarse tal como es, sin una sombra que mancillara su pu-

reza. Apenas un vago anhelar de su pecho indicaba la emoción de que estaba poseída su alma.

Aquellas palabras «quiero hablarte», repercutieron en su alma como una sonoridad desconcertante, y le pareció, por un momento, que entre ellos existía una inteligencia tácita sobre algo enorme de que les estaba vedado hablar...  
¿Qué sería? ¿Qué graves cosas le diriría su amigo, el hombre a quien amaba a pesar de todo y sobre todo, porque Rafael María seguía siendo para ella el mismo de siempre, con la única diferencia del traje... que no tiene la milagrosa virtud de uniformar ni mistificar las almas? ~~sólo que ahora no le tuteaba como antes, por un sentimiento respetuoso que le imponía la dignidad de que estaba investido, y que ella no podía menos que reconocer.~~

Esperaba tranquila, los brazos sobre la mesa, la respiración anhelosa hinchándole el pecho, y haciendo un verdadero esfuerzo para contener los suspiros que pugnaban por brotar de su garganta.

La calma de la tarde era completa, y de cuando en cuando una ráfaga de la brisa les envolvía en los efluvios del jardín moviendo sobre sus cabezas los festones y las campánulas. ¡Una fiesta de colores y de perfume sobre el funeral de dos corazones!

—Escucha —principió Rafael María, con voz

insegura, sintiendo, como nunca, grave dificultad para coordinar las ideas, que se escapaban de su cerebro en el preciso momento en que iban a ser vestidas con la palabra—. Escucha, Engracia: hace algunos días deseaba hablarte de un asunto que juzgo de suma importancia para ti, nada menos que de tu porvenir...

He creído que te convendría, dado tus sentimientos religiosos, entrar en alguna orden monástica, donde, lejos de las perfidias del mundo, podrías dedicar tu vida a nuestro Señor Jesucristo, y ganar la bienaventuranza eterna... Yo sé que, desgraciadamente, en nuestro país no hay conventos ni casas destinadas a la vida de oración y de sacrificios. Desde que la legislación liberal y masónica reina en esta República, han sido barridas las congregaciones religiosas y prohibido el establecimiento de ellas, como si se tratara de criminales empedernidos o de leprosos. ¡Una infamia! Pero, dichosamente, existen en el mundo otros lugares donde la libertad no es un mito, y donde puedes encontrar un nido lleno de afecciones y del santo temor de Dios, donde tu vida se deslice suave y serena por el cauce de la virtud y del deber, lejos de la pestilencia del mundo... ¡Qué vida más hermosa y más llena de atractivos para un alma ~~ancejada~~ ~~nada~~ en el más acendrado amor del Divino Jesús!... Recuerda las vidas de tantas santas que abrazaron la carrera religiosa, y que han lle-

*anegada*

gado a ser estrellas de luz eternamente radiantes en el cielo, al lado del Señor... , piénsalo, Engracia, que si accedes, yo me encargo de arreglarlo todo con la mayor decencia, a fin de que no carezcas de nada.

Hubo una pausa larga, embarazosa. Engracia no contestaba, no decía nada. Miraba el mantel donde había estado haciendo rayitas con la uña del índice derecho... Había trazado el diseño de una corola de seis pétalos; luego dos sépalos, encorvados hacia abajo...; en seguida el peciolo; después una raya larga, muy larga, a los lados de la cual fué dibujando hojitas y hojitas...; precisamente cuando Rafael María hablaba de la legislación masónica... otra hojita... ¡Qué bien le había salido aquel clavel!; jamás le había dibujado con tanta propiedad.

Su respiración era ahora menos anhelosa, pero estaba pálida; su rostro había adquirido una expresión de frialdad, de indiferencia, que Rafael María no conocía; tenía ahora la cabeza apoyada en la palma de la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía rayitas y más rayitas.

Empezaba a diseñar una rosa.

Rafael María insistió resueltamente.

—¿Qué contestas, qué dices de mi proyecto? Engracia seguía callada... Dibujaba una hojita.  
—No temas— continuó él— que el gasto nos

vaya arruinar... ¡Después de todo, tú lo mereces... has sido tan buena! ¡Qué dices?

El rostro de Engracia se tornó glacial; y con una resolución que parecía definitiva, de que nadie la hubiera creído capaz, contestó:

— ¡Que nó!

Rafael María quedó desconcertado ante aquella firmeza, profundamente extrañado, como quien no ha oído bien... — ¡Qué dices, que no? ¡No es posible! ¡Te has hecho cargo de mi proposición? Piénsalo, medítalo esta noche, tal vez mañana, dentro de ocho días... Estas cosas no pueden resolverse así, de manera tan violenta, tienes razón.

— ¡No, ni ahora, ni mañana, ni nunca! — replicó Engracia, con la misma firmeza.

— ¡Porqué? — preguntó Rafael María, dudando de si aquella Engracia sería la misma que él conocía, dulce, apacible, obediente... Y agregó: — ¡No te sientes con la vocación necesaria? Ay, Engracia, las vocaciones, las orientaciones del alma son un resultado de nuestra voluntad... Empéñala en ese sentido y verás el resultado de tu esfuerzo... ¡Es tan seductor el mundo, hay que luchar tanto para alcanzar la gracia de Dios!

— Esa gracia se alcanza por cualquier camino, siempre que se camine con la virtud y se cumpla con la ley de Dios — repuso Engracia con aquella gran sindéresis con que sabía raciocinar.

—Sí, pero será más difícil... Las tentaciones...

—Pero entonces hay mayor mérito, insistió ella enardeciéndose.

—¿Y no te gustaría, por ejemplo, vestir el hábito de las hermanas de la caridad?; qué dulce vida, qué satisfacción, dedicar una existencia a consolar al que sufre: «*Salus infirmorum*»!

—Tampoco me gustaría.

—Piensa, Engracia, en el mañana... eres sola en el mundo... ¿Qué será de ti? Yo creo que el camino que te propongo es el que más te conviene. Quiero también ponerte al abrigo de la maledicencia; eres ya una mujer, y no conviene que...

Rafael María no terminó la frase; sus ideas giraban en confuso torbellino, y no acertó a exponer lo que deseaba sin llamar fuertemente la atención de su amiga hacia un punto escabroso, el principal, el que le había inspirado su proyecto.

Engracia se irguió de repente; toda su sangre parecía refluir en oleadas ahogadoras a su corazón, y con una valentía y franqueza que acabaron de desconcertar y de aturdir a su amigo, repuso:

—No debe usted preocuparse por mi porvenir; sé trabajar, y, entre tanto sea una mujer honrada, no ha de faltarme un hogar donde ganar mi pan y la consideración de la gente.

No crea que rechazo la vida que tan generosamente me ofrece, por desdén o frialdad a las cosas santas, no; es que sería la más grande de las hipócritas si aceptara una vida para la cual no siento inclinación ~~alguna~~. Me gusta el sol, el aire, la luz, la montaña, la vida del hogar, los niños, cultivar flores, reír, ¡qué sé yo!, y nada de eso, según he leído en tantos libros que han desbastado en algo mi ignorancia, constituye pecado ni acción punible. Tanto sirve a Dios el pobre jornalero que riega la semilla en el surco, como el obispo que oficia vestido de púrpura; ambos cumplen la ley de Dios...

*ninguna.*

La voz de Engracia empezó a bajar de tono, a tener dejos de tristeza; sus ojos se humedecieron, y mirando a Rafael María, pálido, emocionado, confundido, la vista baja, que también hacía rayitas sobre el mantel, prosiguió:

— Pero, si usted cree que mi presencia en esta casa es un estorbo... para..., es decir, si usted piensa que debo abandonarla, me iré, sí me iré para siempre, para que la maledicencia no se ocupe de usted y de mí... —No pudo continuar; el llanto, como lava enrojecida por el volcán de su pecho, estalló al fin, y se echó sobre la mesa, la cabeza rodeada por sus brazos desnudos y mórbidos; los sollozos hacían estremecer su busto lleno y redondeado, y salían silbantes, dolorosos, llenos de una infinita amargura.

Rafael María no la había visto jamás llorar

ni sollozar así. Quedóse breves momentos perplejo, conmovido, estupefacto ante aquella explosión de dolor que empezó a contagiar su alma, a llenarla a su vez de una inmensa ternura, y las lágrimas empezaron también a humedecer sus pupilas. Acercóse a Engracia y con voz entrecortada, cariñosa, le dijo:

—Está bien, Engracia, no es para tanto; si no te sientes con vocación bastante, no se hable más del asunto... Basta, no llores más...

—Ah no! perdóname, pero yo debo salir de esta casa, no debo estar más aquí, soy un estorbo... un estorbo... — gimió ella desolada.

—No. Pero quién te ha dicho eso? No exageres, escúchame... — En aquel soberano olvido de todas las consideraciones de su estado, Rafael María hábise acercado a su amiga, y tomándole un brazo trataba de levantarla, de descubrirle la faz, de secar aquellas lágrimas que le quemaban el corazón.

Ella seguía gimiendo dolorosamente, y como si las palabras y la acción de Rafael María aumentaran su duelo, un nuevo ataque de llanto y de sollozos conmovió a la desventurada, con tal intensidad, que más parecía un caso de histerismo.

Entonces, todo el amor, toda la pasión, toda la piedad que existían en el alma de Rafael María, se desbordaron, y levantando a su amiga cruzó su cuello con su brazo, y estrechándola

contra su pecho, contempló ávidamente su rostro bañado en lágrimas, que empezó a secar con sus labios, bebiendo toda su amargura.

—No, Engracia, tú no estorbas... eres la alegría de esta casa, su sol, su luz — gemía él también, fuera de sí —. ¿Dónde has de ir? No, no te irás, no te irás — clamaba cubriéndole de besos que ella no esquivaba.

Engracia sollozaba. De pronto, llegó al jardín la primera campanada del *Angelus*, que vino a despertar a Rafael María de aquella crisis erótica que había estallado en su alma, natural, espontánea, como el rayo engendrado allá arriba por dos corrientes que se chocan, y que en su conciencia asumía proporciones de enorme culpa; poniéndose de pie, bruscamente, pálido, convulso, como un criminal a quien sorprende la justicia en grave delito, ocultó la cara entre sus manos, y echó a andar precipitadamente hacia su cuarto, signándose luego con gran fervor, y murmurando angustiado: «Dios te salve María, llena eres de gracia»!

## XXV

Nunca como ahora las luchas que se libraban en el corazón de Rafael María habían asumido condiciones tan dolorosas: diríase la formidable lucha del océano contra el enhiesto peñón de la orilla donde todo el furor desencadenado, ciego e implacable, azota sin cesar, con tremendas embestidas, aquella peña que si suele bañarse de espumas, también vive rodeada de amargura.

Los días que sucedieron a aquella tarde memorable, cuyo recuerdo le obsesionaba terriblemente, fueron días de profundo desasosiego, y sufría cruelmente al darse cuenta de aquella concesión hecha a su sentimentalismo, cuando, precisamente, había tratado de ganar la paz de su espíritu, alejando de su lado a aquella criatura cuya imagen llevaba incrustada en su alma. Comprendía, en medio de su dolor, que la emasculación espiritual a que se había sujetado no le había redimido del ardimiento de su carne, y que ésta reclamaba, con el imperio de su finalidad, la parte que a los seres corresponde en

el mundo, donde todo se rige por las leyes inexorables de la reproducción.

Entonces sus valerosas reacciones fueron constantes, y su mayor preocupación se dirigió al tormento de su carne, ¡ay!, como si en el sistema nervioso y muscular residiera esa cosa enorme, ese océano de dolor y sufrimiento, de luz y de tinieblas, en que Dios ha puesto todas las excelsitudes de su gloria, y Satán todos los tormentos del infierno, el Amor.

Por más de una semana vivió en gran retraimiento, no saliendo sino a cumplir los deberes de su cargo, y se entregó a un ayuno que alarmó a las personas de la casa.

En vano la vieja Tanasia, que le amaba entrañablemente, insistía en que llamara al médico, porque aquella desgana no era cosa natural; pero él siempre hallaba manera de disipar los temores de su vieja ama, que al ver las reincidencias de Rafael María, volvía a las andadas. En la fiebre mística en que vivía recordaba las palabras del Evangelio, pero ya que no le era dable sacarse los ojos ni emascularse materialmente, podía, en cambio, martirizar esa carne, rebelde y bravía, domarla con el hierro puesto al rojo con que se doma a las fieras, y entonces recurrió al cilicio, que él mismo se procuró, y que llevaba ceñido a la cintura desde hacía varios días! . . . — ¡Ruge, fiera — decía en sus ratos de dolor —, que en vano imploras misericordia!

Ruge, que mientras te retuerces afligida y co-barde, mi alma canta el salmo de su fe. -

Uno de estos días, después de misa, al regresar Rafael María de la Iglesia, advirtió, bajo los mangos de su casa, tres cabalgaduras. Reconoció la de su padrino, el bueno de *ñor* Ignacio, a quien no veía desde hacia algún tiempo, a causa de sus ocupaciones en la recolección de cereales, cuyo cultivo acometía en gran escala.

Las otras dos caballerías indicaban, a las claras, pertenecer a gente de posibles, pues en las sillas y demás arreos se notaba ese esmero con que el campesino acomodado cuida sus haberes.

Al entrar en la sala, notó que alguien lo esperaba sentado, tranquilamente, con el sombrero en el suelo, bajo la silla. El visitante saludó a Rafael María, algo encogido, y le expuso llanamente el objeto de su visita, el cual no era otro que el de ir a administrar los sacramentos ~~de~~ su tata que estaba en paso de muerte. Había venido con *ñor* Ignacio, que tenía que *mercar* algunas cosillas, y andaba por allá dentro. Y todo eso lo decía sonriendo del mejor talante del mundo, como si estuviese refiriendo cosas muy agradables. Rafael María se sentó y depar-tieron amablemente.

El desconocido era un mozo de unos veinticuatro años, robusto y coloradote, buen ejemplar de campesino criado bajo el sol, en las rudas

faenas del campo. Era el hijo mayor, el jefe de los trabajos, a quien consultaba su padre sobre las labores diarias. Tenía dos hermanitos, pero muy chicos, todavía en la escuela del barrio, donde aprendían a leer, escribir y nociones de aritmética. Su madre había muerto hacía algunos años, y la casa en poder de hombres andaba muy mal, hasta que buscaron una mujer que les aderezaba los alimentos, les lavara y remendara la ropa, y atendiera a los menesteres de la casa. El se llamaba Mauricio, lo mismo que su tata . . .

Rafael María gustaba de oír todas esas cosas; le miraba sonriente y complacido, e iba a preparar lo necesario para emprender viaje, cuando se advirtieron pasos por el corredor.

Era ñor Ignacio, con su porte de siempre, jovial y risueño como quien no sufre penas ni agravios del tiempo, que parecía respetar aquella naturaleza privilegiada. Venía conversando con Engracia, a la cual quería entrañablemente, pues muchas veces la había tenido sobre sus rodillas, y la había visto crecer y desarrollarse en aquella casa que había sido para él, durante el curato del Padre Juan, un segundo hogar.

Ñor Ignacio era casado en segundas nupcias; los dos únicos hijos habidos en su primer matrimonio habían muerto pequeños, y su segunda mujer no le había dado descendencia. Ahora se hallaba muy enferma. Sufría una afección car-

díaca que la mantenía, según propias palabras, «con el alma en un hilo».

Ñor Ignacio entró a la sala y abrazó cariñosamente a Rafael María, con el cual departió algunos momentos.

Engracia permanecía en la puerta, sin atreverse a entrar, algo cohibida al notar al mozo que allí estaba sentado en la actitud más tranquila del mundo, y que la miraba con alguna insistencia.

Después de alguna espera embarazosa, ella pudo preguntar si tomarían una taza de café antes de salir.

— No, gracias—contestó ñor Ignacio—, allá lo tomaremos. No debemos perder más tiempo.

Rafael María arregló lo necesario para el caso, y un momento después los tres jinetes cabalgaban en dirección de la finca de ñor Ignacio.

Mauricio iba delante, sofrenando los ímpetus de su potro, muy gallardamente, a pesar de encontrarse un tanto embarazado con las cajitas de los santos óleos que llevaba en bandolera.

El sol, ya muy alto, empezaba a picar un poco, y Rafael María aspiraba con deleite aquellas emanaciones silvestres que emergían de la tierra, del follaje, de los prados; sentía que el vigor de la naturaleza fortalecía su cuerpo, y le comunicaba ese ardor, que, como un vino sutil, ponía en sus sentidos una percepción más clara, más honda de la vida.

Los paisajes que a su paso encontraba eran como un libro abierto, que le recordaba <sup>n</sup> cosas que ya casi había olvidado a fuerza del recogimiento místico en que vivía.

Aquí, unos niños que juegan sobre el césped y hacen cabriolas y volteretas, mientras la madre surge una pieza de ropa burda, y su marido, allí cerca, corta leña sobre un grueso tronco. De las claraboyas de la cocina sale el humo del hogar, y se eleva en espirales azules hacia el cielo, como el incienso que sube de un templo donde se venera al Dios del Amor, del trabajo, de la fecundidad.

*La* Aquel humo azul va calentado por el amor de <sup>v</sup> familia, centro de todas las afecciones humanas, fuera del cual sólo viven el egoísmo sordido, en la negación absoluta de todo sentimiento noble y altruista.

La visión de estos humildes hogares llevaba al alma de Rafael María profunda añoranza, tanto más dolorosa, cuanto imposible le era la realización de una ventura a que todo hombre podía aspirar... menos él, y los que como él estaban condenados a pasar por el mundo como seres extraordinarios, mejor dicho, como sombras que llevaran por corazón y por cerebro el credo de una metafísica criminal y odiosa.

Rafael María conversaba con *ñor* Ignacio sobre varios tópicos, y después de una pausa quiso saber algo acerca del viejo, padre de Mauricio, a quien llevaba los auxilios espirituales.

Ñor Ignacio satisfizo los deseos de su ahijado, y terminó diciendo:

—Ha sido muy honrado y trabajador, logrando formar un capitalito que conserva muy sano: tiene, además, aquellas dos casitas que quedan al lado de la casa cural de San Roque...

—Ah sí, ya recuerdo—dijo Rafael María—las que siguen a la derecha... Viven dos matrimonios allí... Por cierto que los patios se comunican, y con frecuencia las inquilinas llegan a casa por agua.

En estas y otras pláticas llegaron a la casa de Mauricio.

El viejo estaba grave; recibió los auxilios espirituales con gran fervor, y esa misma tarde, no bien había regresado Rafael María a San Roque, entregó su alma al Creador.

\* \* \*

Ocho días después Rafael María recibió la visita de Mauricio. Venía el mozo a hacerle un presente: una pareja de pavos, rollizos y bien cebados, para que hiciera una cría de esas aves que, según él, adornaban mucho el patio y eran muy buenas para comer.

Mucho le agradeció Rafael María el regalo, y llamó al chico de la casa para que llevase las aves al corral.

Se aproximaba la hora de la comida, y cuando Mauricio se disponía a partir, Rafael María lo contuvo.

—No, señor, usted se queda a comer conmigo, luego se irá.

—No, señor, muchísimas gracias, allá me esperan.

—Nada se pierde con eso.

—Es que es mucha molestia—insistía el mozo verdaderamente acongojado.

—Ninguna, amigo, ninguna.

—Otro día, señor, es mejor otro día...

El mozo sudaba, pero Rafael María no cejaba en su empeño. Le agradaba Mauricio; aquella sencillez, aquella humildad que revelaba en todos sus actos le parecían prendas muy estimables, y se había propuesto entablar buenas relaciones con el mozo, que le debía el concepto de ser un hombre honrado como lo había sido su padre.

—Es decir—exclamó Rafael María intentando un último esfuerzo—que usted se empeña en depreciar mi pobre merienda...

—No, señor, Dios me guarde!—repuso el mozo...—Pero es que... ¡tánta molestia!

Volvió a sentarse todo confundido, avergonzado.

Rafael María desde la puerta ordenó:

—Que pongan un cubierto más, tengo un convidado.

Comieron en el corredor, al lado del jardín, y conversaron de cosas insustanciales. El mozo no daba mucho hilo que torcer; hablaba poco,

y no manejaba del todo mal el tenedor, sólo que a veces solía confundir el uso de los utensilios, usando el cuchillo en vez de aquél, para llevarlo a la boca, con peligro de herirse los labios.

Engracia había servido los platos, y cada vez que se acercaba a la mesa, con su natural desenfado, Mauricio se ponía colorado y sudaba de pura congoja.

Al anochecer, montó en su potro, después de haberse despedido de Rafael María, y salió disparado, haciendo caracolear la montura con la maestría de un consumado picador.

El domingo siguiente, después de la misa, a que concurría, infaliblemente *ñor* Ignacio y Mauricio, quienes dejaban las caballerías en el patio de la casa cural, donde les daban de beber y se les servía un pienso, almorzaron con Rafael María estos dos amigos. Fuera por la compañía de *ñor* Ignacio, o porque hubiese perdido algo de su natural huraño y tímido, es lo cierto que Mauricio se mostró más comunicativo esta vez.

Había heredado a su padre, y tendría el usufructo de los bienes hasta la mayoría de sus hermanitos. Entonces éstos entrarían a partir con él la herencia, por lo cual mediaban ciertas circunstancias en favor de Mauricio, por la jefatura y administración de los haberes.

Podía considerarse casi rico, en aquel ambien-

te humilde, y hablaba de hacer un viaje a la *suidá*, para vender una regular cantidad de cereales y comprar un trapiche de hierro, de fuerza animal con que sustituir el viejo y desvencijado que había usado su padre por herencia que de él le hiciera su abuelo.

Se veía en el mozo un carácter resuelto y emprendedor, y había dado muestras de ser un hijo bueno y cariñoso.

Algunos domingos se repitieron estas escenas, pero llegó uno en que Mauricio no vino a misa, cosa que extrañó a Rafael María, quien, de camino para la casa, interrogó a su padrino:

—¿Qué le pasa a Mauricio? No lo he visto...

Nor Ignacio hizo un mohín misterioso, y contestó risueño:

—Tenemos que hablar... Hay novedades.

Rafael María se hizo el desentendido, y una viva impaciencia se apoderó de su alma... Al fin! pensaba... ¡Dios lo quiera!

Entraron a la sala, en donde había otras varias personas en espera de Rafael María.

A todos atendió con su amabilidad acostumbrada: encargos para algunas misas, solicitudes de actas de bautismo, una mujer quejosa de que su marido andaba en trapicheos con otra y descuidaba sus obligaciones, y un curioso viceversa del mismo caso, que ponía de manifiesto una vez más, el pintoresco aforismo de que «Los hombres y las mujeres son la gente peor del

17 mundo». Era necesario que se les diese una buena reprimenda, ~~y en fin~~, a todos aquellos que ven en el señor cura, al intermediario entre Dios y los hombres, y al amigable componedor de enredos de este pícaro mundo.

No fué sino a eso de la una cuando Rafael María pudo recogerse, allá, bajo el emparrado, para almorzar con su padrino ñor Ignacio. Estaba impaciente y el corazón le daba vuelcos en el pecho.

—Ah sí — suspiraba —, es la mejor, la única solución!

Ya a solas, ñor Ignacio fué derecho al asunto: Mauricio estaba loco por Engracia: desde que la conoció se le había metido en el alma como una cuña; no pensaba en otra cosa, ni tenía gana de trabajar ni de comer, ni dormía con aquel *tarugo* que sentía clavado en las entrañas, y quería matrimoniarse cuanto antes fuere posible, siempre que el señor cura le diera su venia.

Ñor Ignacio puso fin al encargo de Mauricio, con esta expresiva conclusión: que iba por su cuenta.

—No tiene mal gusto ese *dichosote!* Ya fuera yo libre y vería si me dejaba quitar esa alhajita, así como usted me ve... ¡que caray!

Rieron los dos, Rafael María forzosamente, porque ahora era él quien sentía la cuña clavada en el corazón.

Había, pues, resultado el asunto tan hábilmente preparado por él, como se lo había imaginado.

Empezó a meditar, mientras tomaba el café. ¿Qué le importaba, si a costa de tal sufrimiento adquiriría un poco de tranquilidad para su espíritu?

Y, en la inmensa desolación de su alma, se felicitaba por el estupendo desenlace que había tenido aquel asunto que era para él de vida o muerte. Ella, ausente, unida a otro hombre por el sacramento del matrimonio, se transformaba en algo intangible, espiritual, que quedaba fuera de su alcance, de su pensamiento. Era la despedida eterna de aquella criatura, ~~de su imagen,~~ de sus recuerdos, que había llevado durante toda su vida, en el fondo del alma, como una estrella que allí resplandeciera con luz celestial.

¿Y después?

Ah, después: la soledad, la oración, la penitencia, el estudio... ¡y si la bestia ruge, hierro y fuego a la bestia!

De sus meditaciones vino a sacarle la voz de su padrino, que preguntaba jovial y risueño, mirándole fijamente:

—Bueno, y ¿qué le parece? *enyugamos* esos muchachos?

—Por supuesto que sí; Mauricio me gusta, es trabajador, honrado, tiene con qué vivir... Me parece un excelente partido.

—¿Pero, ella lo querrá?

—¿Por qué no?; yo así lo espero... Que se vean, que se traten un tiempo... No creo que ella se resista, y si así fuere, yo trataré de vencer esa resistencia.

—No, eso no—repuso *ñor* Ignacio—con excelente criterio—. En estas cosas todo ha de ser conforme al deseo del corazón... El amor nace *onde* se le antoja, sin pedir permiso; se va *onde* quiere y no *onde* lo mandan... Es como un potro *chúcaro* que no soporta rienda ni bozal.

¡Que me lo cuenten a mí!

Y Rafael María pensaba en el pintoresco símil de su padrino: «Sí, como un potro *chúcaro* que no admite ni rienda ni bozal» Y... va donde quiere, y no donde lo mandan!

—No, no es que yo pretenda ~~sacarla~~ a la fuerza—replicó Rafael María—, pero insinuaciones amigables, reflexiones juiciosas, pueden inducir la a aceptar un porvenir que juzgo halagüeño.

—¿Entonces?

—Diga usted a Mauricio, que venga el miércoles y que hablaremos... Entre tanto trataré con Engracia el asunto.

*Ñor* Ignacio se despidió de Rafael María, y un rato después trotaba, caballero en su alazán, camino de su casa, envidiando a Mauricio desde lo más íntimo de su alma. Que la muchacha valía la pena, ¡vaya si valía! y pensaba que, efectivamente, Rafael María era un sacerdote virtuoso, ejemplar!...

Casarla

## XXVI



Cuando Engracia llegó a levantar la mesa, Rafael María permanecía en el emparrado en actitud meditativa. Pensó en huir cuando oyó los pasos de la muchacha, que los podía distinguir entre muchos otros, pero no tuvo tiempo.

Engracia apareció frente a la entrada, derramando luz esplendente, como una primavera de carne. Permanecía endomingada, con una blusa blanca, bordada por ella misma, que le sentaba admirablemente. A un lado de la cabeza un lazo de cinta rosa, no exento de esa coquetería compañera inseparable de la mujer, cualquiera que sea su clase y condición y la situación en que se encuentre; y sobre el pecho, pendiente de la cadena que brillaba al sol, la medallita que Rafael María le había regalado. Éste, mirábala de reojo reunir los platos y demás utensilios, y tuvo la oportunidad de fijarse, ahora más que nunca, en aquellas manos de un color suavemente moreno, de uñas sonrosadas verdaderas manos de manola, ~~que debían de tener caricias matadoras.~~

Era la primera vez que volvían a verse a

solas, después de aquella escena ocurrida allí mismo, algunos días atrás, y ambos tuvieron la visión de aquel momento venturoso en que sus almas unidas en la estrecha comunión del amor, por breves instantes, se habían separado bruscamente como en un hachazo formidable, al sonar, en la apacible serenidad de aquella tarde, el toque del Ángelus, que había venido a recordar a Rafael María la austera severidad de su ministerio, a recordarle con las palabras del apóstol «que era hombre de predicación».

Sintió un miedo horrible, y para reaccionar, pensó:—Si le hablara ahora del asunto...—Pero no se atrevió; la sola idea de provocar una escena como la de la otra tarde le hacía temblar y demudarse. Verla afligida, derramar aquellas lágrimas, ~~crystalinas, echadas sobre la mesa...~~ Escuchar aquellos sollozos que le desgarraban el alma como la hoja de un puñal... Sentir a su lado aquel perfume de cuerpo joven, como un vino sutil, casi diabólico, le trastornaba los sentidos: ¡nunca!, jamás!; después, sí, después... en otro lugar, allí no. Las cosas materiales suelen también contagiarse de nuestras ideas.

Y de nuevo la reacción le prestaba un raciocinio valeroso:

¿Por qué este miedo? ¿te sientes cobarde ante esa mujer?; y entonces, dónde está la virtud? La virtud que tiembla y hace concepciones vergonzosas, no es virtud: es flaqueza;

porque la virtud es la conciencia plena de la fuerza.

Y atrevido, admirado él mismo de su propia audacia, rompió el silencio:

-- Sabes, Engracia...

La muchacha se volvió, atenta, tranquila, mirándole con sus profundos bellos ojos.

Pero él no continuó... Se quedó mirándola, mudo, estático, como si el fuego de aquellos ojos le hubiese calcinado el cerebro.

¿Qué decía?—preguntó ella curiosa.

—Pues, decía... que hoy no vino Mauricio a misa...

—Sí, señor, ya lo había notado—dijo ella haciendo sonar los cascabeles de su risa de oro y cristal. Y preguntó:—¿Porqué le extraña?

—Por nada... Como hace ya tantos domingos que no falta... Buen muchacho... Tan obsequioso... Ha heredado... ¿no sabías?; es rico... trabajador... Mi padrino lo estima mucho... Son muy amigos... Siempre me habla muy bien de él...

Engracia guardó silencio; no atinaba a qué venían aquellas frases.

Rafael María no supo, no pudo decir más, y la vió alejarse, indiferente, como una visión celestial que se esfuma, y que se lleva tras sí toda la visión de nuestros ojos, que luego quedan sumidos en la triste oscuridad de la ausencia.

Y transcurrió el tiempo sin que Rafael María

se atreviera a abordar aquel grave asunto, y había llegado el martes, que también pasaría como los días anteriores, y él no daba trazas de vencer aquella indecisión que le atormentaba y le hacía divagar, mientras, ocupadas las manos en las humildes faenas del taller, su cabeza hervía y el corazón parecía saltársele del pecho.

Pensaba que cada hora que transcurría sin cumplir con el compromiso adquirido, era una cobarde concesión a su egoísmo. Mauricio estaría ya avisado, y esperaría ansioso y lleno de impaciencia el miércoles indicado para hacer acto de presencia, como novio oficial, en aquella casa.

A veces pensaba si sería más conveniente sorprender a Engracia y provocar una entrevista con Mauricio, allí, en su presencia; pero desechó la idea: — No, — se dijo, recordando el carácter de Engracia —; sería comprometer el resultado del asunto.

De pronto se irguió lleno de altivez, acorralando a la bestia del egoísmo que aullaba allá dentro. ¡Hoy, sí, hoy sin falta! Estaba resuelto.

Trabajó febrilmente, y un poco antes de las cuatro, cuando oía el ruido de cubiertos, de vajillas, allá afuera, dejó el trabajo y se encaminó a su cuarto, donde permaneció hasta que fue llamado para comer.

Se sentía fuerte, lleno de confianza, admirán-

dose ahora de sus miedos, y de sus flaquezas ridículas; se miraba tan alto, sobre aquellas pequeñas, que sentía vergüenza de sí mismo.

Empezó a comer, tranquilo, sereno, sin prisa ni temores, afrontando valientemente la presencia de Engracia, que le servía solícita y cariñosa.

Comió poco, y empezó a tomar café a sorbitos, mientras Engracia quitaba los platos. Cuando ella volvió para levantar el mantel, Rafael María la esperaba, recostado en el espaldar del banco, mirando las campánulas que colgaban del follaje, indiferente, casi risueño.

—¿Sabes que es un precioso comedor éste?— le dijo, mirándola cariñosamente.

—Sí, se está muy bien... Es una delicia... Me gusta mucho leer aquí y bordar...

—Siéntate — interrumpió Rafael María, pali-  
decido ligeramente, y procurando vencer la emoción que empezaba a sentir.

Ella lo miró sin mayor extrañeza. Al lado de Rafael María, su voluntad dormitaba humilde y pacífica, como bestezuela huraña que duerme feliz, arrullada en el regazo de su domador.

Se sentó frente a frente y esperó, resignada, a que su amigo hablara. Apenas se le notaba el ligero anhelo de su pecho, alto y robusto, sobre el cual brillaba la medallita de oro que ella tanto quería.

—Tengo una noticia importante que comu-

nicarte—díjola en tono confidencial—. Mi padrino me habló el domingo.

~~—A mí? ¡qué raro! exclamó ella admirada.~~

—Él ha querido, sin duda, hablarme primero... Conocer mi opinión...

—Sobre qué?...

—Sobre un asunto que juzgo de suma importancia para ti.

—¿De veras?

—Y tan de veras, que hay que resolverlo muy pronto. Hay impaciencias perfectamente explicables. Escucha. Mauricio está prendado de ti, y quiere casarse contigo cuanto antes...

Engracia sintió toda su sangre afluir a su corazón: aquellas frases resonaron en su alma como un reproche durísimo, y sin hacerse cargo del enorme sacrificio que trataba de consumir su amigo, de manera tan abnegada, pensó en que era inauditamente cruel, para merecer de él todo el desdén y todo el desprecio que creía entrever en aquella proposición que lastimaba su alma tan brutalmente. ¡Casarse ella!...

Juzgaba con su egoísmo, con su idiosincrasia de amorosa, sin comprender que su amigo también debía sentir el corazón despedazado al ofrecerla, en holocausto a su felicidad futura, como esposa de otro hombre, ~~que~~ ya no podía ser la suya propia. *que*

Se irguió fría, glacial, todo su fuego parecía reconcentrado en sus ojos, en que brillaban los reflejos de la pasión que ardía en su alma.